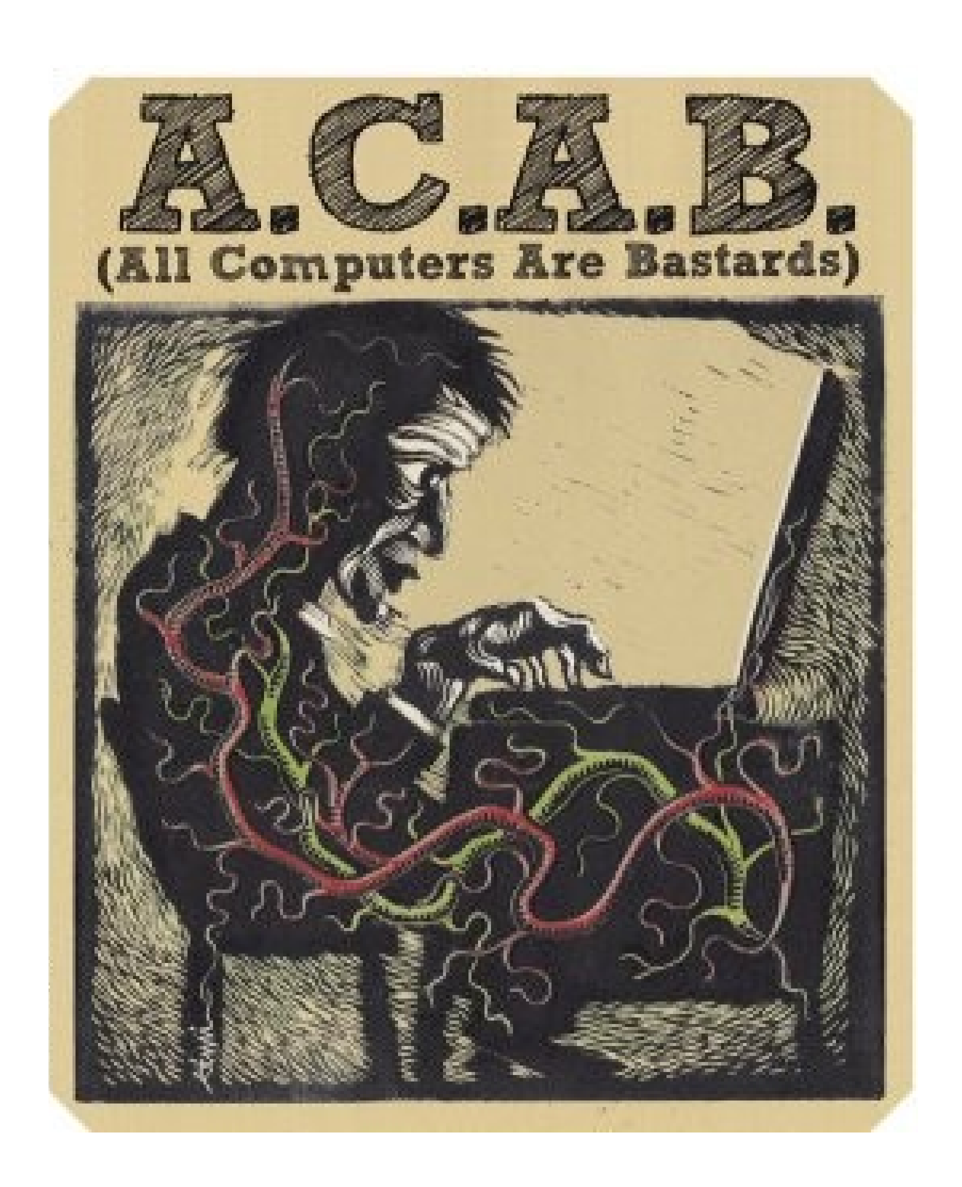
LOS REVESES MATERIALES DEL MUNDO DIGITAL



Traducido en 2022 de la revista anarquista italiana *i giorni e le notti n.º 10* , 2019.



Texto original *Les ordis ne naissent pas dans les choux,*
publicado en el *dossier A.C.A.B. (All Computers Are Bastards),*
n.º 151 del periódico *CQFD* , febrero 2017.

Las sofisticadas máquinas que nos rodean están fabricadas con materiales que tienen que ser extraídos de las entrañas de la tierra mediante procesos industriales que requieren muchos metales pesados y productos químicos, todos ellos muy tóxicos, así como cantidades considerables de petróleo y agua. Al mismo tiempo, se necesita una maquinaria tecnológica muy elaborada. Por ejemplo, la fabricación de una tablet o un smartphone requiere 62 metales diferentes y mucho plástico.

Quien dice informática, dice extractivismo

Como resultado, poblaciones enteras están siendo sacrificadas en el altar del extractivismo, que es consustancial al progreso tecnológico. En América del Sur, en África, en China y en los cuatro rincones del planeta, la explotación industrial de la naturaleza se intensifica sin tener en cuenta a los pueblos que viven en los territorios afectados por la extracción de minerales, metales, tierras raras, arena, petróleo, gas de esquisto o arenas bituminosas. Privados de su autonomía y del acceso a sus tierras ancestrales para alimentarse, se ven obligados a trasladarse a barrios marginales o a beber agua contaminada y respirar aire viciado.

"Para exportar minerales, petróleo, gas o alimentos industriales producidos en masa, se aplastan las economías locales preexistentes, las culturas, la naturaleza, el modo de vida y la organización social. Solo el complejo minero de Yanacocha (Perú) está autorizado a bombear hasta 900

litros de agua por segundo” (Anna Bednik, Extractivisme, Le passage clandestin, 2015).

La película de Franck Piasecki Poulsen Du sang dans nos portables (lit. "Sangre en nuestros móviles") muestra con elocuencia cómo la extracción de tantalio en el Congo, necesaria para la fabricación de tarjetas electrónicas y microchips, devasta el país, obligando a los niños a ir a la guerra, a los adultos a morir enterrados en las minas y a los habitantes de los pueblos cercanos a contraer numerosas enfermedades relacionadas con la contaminación del agua y los ríos.

El mismo fenómeno se produce en China con la extracción de neodimio, un elemento indispensable en la fabricación de imanes para el audio de los teléfonos móviles. La ciudad de Baotu produce el 97% del neodimio del mundo utilizando tanques de ácido, metales pesados y sosa, con un impacto desastroso en el medio ambiente. La producción de una tonelada de neodimio implica una tonelada de residuos y libera 75.000 litros de agua ácida. La tasa de residuos anual alcanza las 600.000 toneladas. Esto tiene consecuencias aterradoras para la salud de los habitantes. Por eso los médicos del hospital local llaman a la ciudad "ciudad del cáncer".

Este extractivismo, que obtuvo 40.000 millones de toneladas de recursos en 1980, habrá duplicado su volumen de aquí a 2020, con un acceso a los recursos cada vez más difícil, lo que requiere cantidades cada vez

mayores de energía y de productos tóxicos, que a su vez son fuente de mayor contaminación.

Un estudio reciente sobre los efectos de los contaminantes en la salud de los fetos descubrió la presencia de 400 sustancias tóxicas, residuos de gases de combustión, pesticidas y metales pesados. Esto explica el fuerte aumento de los cánceres, las enfermedades cardiovasculares y neurodegenerativas, así como el autismo, en nuestras sociedades industriales (véase criigen.org).

Bienvenido a Smartphone-City

Una vez terminada la extracción, hay que ensamblar las piezas. Los procesos de fabricación utilizados crean una nueva forma de esclavitud moderna. Los subcontratistas de las multinacionales están creando fábricas en China (y ahora en Etiopía, Vietnam, la República Checa y Eslovaquia) que son verdaderas ciudades en las que trabajan los obreros que fabrican los objetos digitales. Su situación es extremadamente precaria y la dirección utiliza métodos de gestión autoritarios y violentos. Son pocos los testimonios que nos han llegado, a excepción de dos reportajes emitidos por France Télévision ("Envoyé Spécial" en diciembre de 2012 y "Cash Investigation" en noviembre de 2015) y un libro estremecedor, *La Machine est ton seigneur et ton maître* (de Yang, Jenny Chan e Xu Lizhi, Agone, 2015). Revelan ritmos de trabajo infernales, condiciones de vida deplorables y salarios indecentes. Muestran dormitorios sin comodidades ni privacidad, un

terrible aislamiento y una vida sumisa. Muchos niños chinos se ven obligados a trabajar en estas "fábricas dormitorio", 12 horas al día, día y noche, con solo dos días de descanso al mes. Fue una ola de suicidios sin precedentes lo que llevó a los periodistas a interesarse por estas gigantescas fábricas.

La devastación ecológica y humana continúa en manos de los usuarios. De hecho, la actividad principal de una creciente mayoría de terrícolas es escudriñar una pequeña pantalla sostenida a la distancia del brazo mientras escriben compulsivamente en ella (1.500 millones de smartphones vendidos en todo el mundo en 2015). El mundo real desaparece y la gente puede navegar y comprar en Internet, leer y escribir correos electrónicos y mensajes de texto, ver programas de televisión y películas, jugar y hacer llamadas telefónicas. Pero para hacer todo esto, los propietarios de estas maravillas conectadas recurren constantemente a los "centros de datos" (*data centers*), la "sala de máquinas" o el lado oscuro de nuestras vidas virtuales. Se necesita una gran cantidad de energía eléctrica para hacer funcionar sus enormes discos duros y los ventiladores necesarios para refrigerarlos.

Los centros de datos, ogros insaciables

Un periódico de Radio France en diciembre de 2012 estimó que los centros de datos consumían el 9% del total de la electricidad suministrada en Francia. También citó el informe presentado al Gobierno "Desarrollo ecorrespon-

sable y TIC", en el que se prevé que el consumo eléctrico de los centros de datos aumentará un 10% cada año. ...

Nuestras conexiones y todas nuestras acciones "digitales" producen datos que son recogidos gracias a algoritmos superpotentes que pertenecen a los Gafam (Google, Apple, Facebook, Amazon y Microsoft) y que les permiten enriquecerse a través de la publicidad y controlar cada uno de nuestros movimientos; mientras siguen necesitando máquinas, energía y materiales sofisticados para fabricarlos y hacerlos funcionar. Es un pozo sin fondo.

Una de las consecuencias de las nuevas prácticas digitales, la adicción a los teléfonos inteligentes y el larguísimo tiempo que se pasa frente a las pantallas (8 horas de media para los jóvenes de 16 a 25 años en 2015, según *Le Désastre de l'école numérique*, Le Seuil, 2016), es la atomización del cerebro humano. Estos dispositivos nos ponen en permanente sobreactividad sin tiempo libre para nuestra mente. Su arborescencia normaliza nuestro pensamiento, construyendo un mundo interior e íntimo uniforme. Esta nueva singularidad del ser va acompañada de una progresiva e ineludible pérdida de nuestra capacidad para situarnos en el mundo, lo que contribuye a convertir a cada usuario en un espectador pasivo de su propia evolución.

Esta visión de conjunto estará completa una vez que hayamos discutido el despilfarro causado por la obsolescencia programada practicada desde hace más de un

siglo por los fabricantes. Cada francés produce 20 kg de residuos electrónicos y eléctricos al año, de los cuales se recicla menos del 5%. La mayor parte del resto acaba en vertederos ilegales en África, sobre todo en Ghana (500 contenedores de residuos electrónicos llegan cada mes al puerto ghanés de Tema) o Nigeria (*Déchets électroniques : l'envers du décor de l'industrie des smartphones, ordinateurs et tablettes*, en bastamag.net).

Hervé Krief

